

**CRISTINA MÚGICA RODRÍGUEZ (2023),
LA PROMESA DE AQUELLA INACABABLE AVENTURA. ENSAYOS SOBRE EL
QUIJOTE, MÉXICO, INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS-
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO/BONILLA
ARTIGAS EDITORES, 150 P.**

Escribir un libro sobre el *Quijote* supone descifrar, en la medida que sea, la novela más valiosa y compleja escrita en castellano y, al mismo tiempo, la más estudiada, al grado de que podemos reconocer puntos de vista correspondientes, no sólo a un crítico, sino a toda una época. De ahí que digamos, por ejemplo, la “lectura ilustrada” o la “lectura romántica” del *Quijote*. Esta última ve en el protagonista un héroe de la libertad, la justicia, la caridad. Pero también se le ha visto como héroe del fracaso o como judeo-converso o como parodia de Cristo o como narcisista originalísimo y también como homosexual y sadomasoquista perseverante. Según Mary Gaylor, don Quijote parodia las novelas de caballerías en la superficie textual, pero en el subtexto de la novela parodia a los conquistadores españoles, específicamente a Hernán Cortés. Para Maurice Molho, insigne hispanista de feliz memoria, el protagonista y la novela de Cervantes seguirán siendo vigentes mientras subsista el único mito creado por la Modernidad: el mito del individuo. Y así sucesivamente.

Asimismo, escribir un libro sobre el *Quijote* implica elegir entre un buen número de perspectivas disponibles. Menciono las dos que me parecen más generales: leer la novela *desde* su tiempo, con apoyo en las obras que dieron origen al *Quijote*, o leerla desde nuestro tiempo, valiéndonos de los textos a los cuales dio origen el *Quijote*.

Cristina Múgica funde en su libro estas dos perspectivas, y lo hace de manera tan singular, tan personal y reflexiva, que imperceptiblemente la línea diacrónica de los textos desaparece en favor de un tejido conceptual en el que termina comunicándose la poética de Cervantes, Pirandello y Mateo Alemán, ideas de Erasmo y de Bajtín, el problema de la expulsión de musulmanes y judíos en la España de los Reyes Católicos y el exilio de los republicanos españoles a consecuencia de la guerra civil, los conceptos de Freud y los de

Ortega y Gasset, las observaciones de este último acerca del *Quijote* y las de Unamuno, Américo Castro y María Zambrano. A ello han de agregarse las propuestas de la crítica literaria (Leñero, Davoine, Close, Iffland, Márquez Villanueva, García Lara, etc.), con las cuales dialoga la autora una y otra vez.

Por otra parte, es de notar que, en *La promesa de aquella inacabable aventura*, Múgica casi nunca escribe *yo*. Entrega la palabra al *Quijote* y diversidad de obras, reproduce, glosa las voces de éstas y, según las orquesta, va haciéndose escuchar ella misma. Para recurrir a una expresión de Américo Castro, ella nos hace percibir su *vividura* de esas voces.

¿Y cómo las orquesta? Por medio de una estructura dinámica, dividida en dos partes, “La aventura” —es decir, la acción— y “La lectura” —esto es, la recepción—. Cada parte, a su vez, se subdivide en tres ensayos,¹ independientes entre sí y, a la vez, internamente comunicados, pues cada uno de ellos se desdobra en microensayos —encabezados con intertítulos— abiertos a las más variadas interrelaciones.

Allí reside la originalidad del libro y también su poética. Se trata de fragmentos más o menos autónomos, de aproximaciones, tanteos, reelaboraciones, reflexiones y, de cuando en cuando, planteamientos totalizadores. Tal libertad de escritura propicia lecturas con múltiples recorridos, no necesariamente lineales, incluso dentro de un mismo ensayo, así como relecturas zigzagueantes.

Lo anterior se corresponde con el título bímembre del libro, cuyo sentido cabal está diseminado entre sus páginas. En cuanto al primer sintagma (“La promesa de aquella inacabable aventura”), hemos de remitirnos a las siguientes citas: “el intento de escribir y terminar una *aventura inacabable* resulta quijotesco [...] [pues] el alucinado lector de novelas de caballerías se lanza a lo inagotable” (pp. 41-42); “El carácter inacabable de la locura quijotesca” (se trata de un subtítulo, p. 49); “Como la andadura quijotesca, la escritura

¹ “La aventura” contiene los siguientes ensayos: “Una locura pirandelliana en contrapunto con la locura quijotesca”, “El soplo del carnaval: don Quijote frente a poderes y contrapoderes” y “La promesa de aquella inacabable aventura”. “La lectura” incluye “Apuntes para pensar las *Meditaciones del Quijote*, de José Ortega y Gasset, considerando algunas nociones de la teoría psicoanalítica”, “*El Quijote* en el pensamiento de Américo Castro” y “Cervantes y el exilio español”.

cervantina es también una aventura; una búsqueda literaria de nuevas formas de configuración y expresión del mundo, a la par que una aventura interior que implica la transformación del escritor” (pp. 56-57).

Para remontar el aspecto genérico de la segunda parte del título (“Ensayos sobre el *Quijote*”), conviene detenernos en el estudio que la autora dedica a las *Meditaciones del Quijote*, de Ortega y Gasset. Allí nos recuerda que *ensayo* (de *exagium*, ‘acto de pensar algo’) es palabra emparentada con *exigere* y con *examen*, términos asociables a *meditar*, a abrir camino con esfuerzo “doloroso e integral”, según siente el filósofo español (p. 102).

Si interrelacionamos las citas anteriores, podemos obtener la siguiente glosa del título completo, válida para el libro todo: ensayar el *Quijote*, examinarlo, exigirlo, es un esfuerzo doloroso e integral, una aventura-locura inacabable, una aventura interior transformadora.

Más allá del objeto de estudio propio de cada ensayo, algunos temas recorren el libro de modo transversal, por ejemplo, la soledad, sea la de Cervantes, sea la de su protagonista. Asimismo, el deseo: “el psicoanálisis, que habla de deseo y no de voluntad, da cuenta de un sujeto dividido. En la falta, no en la plenitud, radica el impulso a la aventura” (p. 114). De donde se sigue que, si la aventura de don Quijote es inacabable, lo sería también el deseo de remediar su carencia.

Otro tema transversal es el delirio, un ir y venir de la persona —el hidalgo de aldea— a la imagen —el caballero don Quijote— y viceversa (pp. 17-18). Al decir de Freud en “Neurosis y psicosis”, se trata de dos momentos: durante el primero, el enfermo sustrae la investidura libidinal tanto de las personas de su entorno cuanto del mundo exterior, “catástrofe que se proyecta como el sepultamiento del mundo”; el segundo momento —el delirio en sí— se presenta como el intento de reconstruir el mundo sepultado (p. 32). Por consecuencia, el momento inicial correspondería a la lectura que hace el hidalgo manchego de las novelas de caballerías, que lo lleva a desrealizar su vida en la aldea. El momento delirante —la metamorfosis del hidalgo en don Quijote— vendría a ser su intento incesante de reinventar el mundo a través de remediar sus males.

Música asevera que el delirio quijotesco es *sanador*, porque “el caballero está llamado a actuar el deseo del hidalgo” (p. 37), y es *transgresivo*, en la medida en que sostiene la autenticidad de cada episodio con su solo cuerpo, que quiere inundar el mundo (pp. 38-39). En este punto, habría que preguntarnos si el

héroe, por fracasar en la mayoría de sus lances, acaso genera nuevos deseos, otras carencias, de ahí lo inacabable de la aventura.

Los temas transversales referidos abonan la dimensión trágica de la novela, cuyo opuesto dialógico se desarrolla en el segundo ensayo (“El soplo del carnaval: don Quijote frente a poderes y contrapoderes”). Mundo al revés, entronización de los genitales y destronamiento de la cabeza, del espíritu, afirmación de la libertad, la igualdad y la abundancia, parodia de los símbolos del poder, liberación del miedo a la muerte gracias a la risa, renovación incesante de la vida, el carnaval y la literatura carnavalizada han generado una versión de locura sapiente que funciona como fármaco contra las calamidades que causa la razón en manos del poder, esto es, el dogma.

Y si Cervantes parodia, es decir, carnavaliza casi todo lo que nombra, no es de extrañar que lo haga también con su célebre personaje. Por un lado, el deseo y el delirio son sólo de don Quijote. Por otro, sin saberlo él, ni proponérselo, con sus aventuras fracasadas pone de cabeza el mundo que quiere y no puede corregir. Parodia tardía del héroe caballeresco medieval, don Quijote movió a risa a los oyentes y lectores del siglo XVII, los liberó por momentos —aduce la autora— del miedo a vivir en la España imperial, católica y contrarreformista que tanto padeció Cervantes.

Inacabable, “la aventura” de la locura quijotesca deviene escritura incesante. “La lectura” del *Quijote*, a su vez, parece no tener fin al hilo de sus transformaciones: en un principio, el público escuchó la novela de labios de los lectores públicos; andando el tiempo, la leyó en silencio, y en los días que corren, las y los cervantistas ponen por escrito sus respectivas recepciones. Por su parte, Cristina Múgica escribe, con fineza, el examen, la exigencia, el esfuerzo doloroso e integral, la aventura interior transformadora de leer el *Quijote*.

GUSTAVO ILLADES AGUIAR

ORCID.ORG/ 0000-0002-7405-7494

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa

gillades@xanum.uam.mx

D. R. © Gustavo Illades Aguiar, Ciudad de México, julio-diciembre, 2023.